

Comisión Interdisciplinaria de Estudios de Género
(Universidad de Playa Ancha - Valparaíso - Chile)
Grupo de investigación Escritoras y Escrituras
(Universidad de Sevilla - Junta de Andalucía - España)



Universidad de
Playa Ancha

ESTUDIOS DE GÉNERO Y REDES DE COOPERACIÓN
SERIE SOCIEDAD CULTURA Y GÉNERO VOLUMEN 3

MARCELA PRADO TRAVERSO VÍCTOR SILVA ECHETO



ESTUDIOS DE GÉNERO Y REDES DE COOPERACIÓN

MARCELA PRADO TRAVERSO VÍCTOR SILVA ECHETO


editorial
PUNTÁNGELES
Sello Editorial Puntángeles
Universidad de Playa Ancha

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE
COMUNICACIÓN, IMAGEN Y GÉNERO

Estudios de género y teoría de la comunicación: nuevos territorios y nuevos retos. Mercedes Arriagada Flórez.....	13
Mujer-resistencia como proyecto <i>contraimperial</i> : Propuesta desde una semiótica intercultural. Rodrigo Browne Sartori.....	19
Mujeres al otro lado de la cámara: ¿con o contra el sistema? Angeles Cruzado.....	27
La Máquina de Visión: Estudios de Género e Imágenes. Amalia Ortíz de Zarate Fernández - Víctor Silva Echeto.....	35

SEGUNDA PARTE.
ESTUDIOS DE GÉNERO Y ANÁLISIS LITERARIO

El Retorno del Principio Materno. Marcela Prado Traverso.....	43
«Literatas del siglo XX: el tratamiento del amor por el sujeto lírico femenino». María Paz Cepedello Moreno.....	47

TERCERA PARTE.
POLÍTICAS DE GÉNERO: DIÁLOGOS EUROPA-CHILE
PERSPECTIVAS Y LOGROS

Itinerarios y conflictos de los Estudios de Género en Chile. Felip Gascon I Martín.....	57
La igualdad de oportunidades en la nueva Constitución europea. Cintia Castillo.....	65

© EDITORIAL PUNTÁNGELES
© MARCELA PRADO TRAVERSO Y VÍCTOR SILVA ECHETO
© UNIVERSIDAD DE PLAYA ANCHA

Inscripción N° 136582
ISBN: 978-956-296-105-9

Derechos Reservados

Ediciones de la Editorial de la
Universidad de Playa Ancha
de Ciencias de la Educación.
Casilla 34-V / fax: 2285041
Valparaíso.

Diseño de Portada: Alejandro Torres J.

Se terminó de imprimir esta edición
en el mes de julio de 2012
Impreso en Chile / Printed in Chile

INDICE
CUARTA PARTE
SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO

Las mujeres rurales y sus estrategias para vivir la pobreza.
Gladys Villarroel Rosende.....71

Sobre las autoras y autores que participaron en el presente número.....95

ANEXOS

Fuentes de Información y Bases de Datos en el tema de la Ciencia y Género.
Natacha Gómez Barahona.....99

Entrevista a José Miguel Salazar Zegers:
Género: un tema emergente en Chile.
Rosa Alcayaga Toro.....109

TESIS RELACIONADAS CON LA TEMÁTICA DE ESTUDIOS DE GÉNERO
(2005 - 2011)

Actualización de Seminarios de Títulos y Memorias de estudiantes de la
Universidad de Playa Ancha en la temática de Género.....117

PRESENTACIÓN

ESTUDIOS DE GÉNERO Y TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN: NUEVOS TERRITORIOS Y NUEVOS RETOS

Dra. Mercedes Arriaga Flórez
Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras
(Junta de Andalucía- Universidad de Sevilla).
Universidad de Sevilla

En el museo de arte precolombino de Santiago de Chile, hay una estatuilla del siglo II después de Cristo de una mujer de barro, cuyo pubis es un gran tatuaje. Me pareció una buena representación de cómo el cuerpo femenino, al ser un objeto de intercambio entre varones, siempre fue desde antiguo un formidable instrumento de comunicación. Un cuerpo que, como el signo de Saussure (1998), se compone de carne y mensaje, significante de piel y significado mutable. Escritura de carne, escritura divina, quizás, en un tiempo en el que las mujeres todavía eran consideradas por su trascendencia divina, puesto que traían criaturas que no eran de este mundo, como dice Luisa Muraro (1994), con una bellísima metáfora.

Si "el hombre es un símbolo", como anunciaba el famoso título del libro de Peirce (1990), entonces la mujer sería por lo menos dos signos, la dualidad que proclama Luce Irigaray (1990), ante la tiranía del uno, único, pero yo me inclino más por un rizoma de signos, robándole el término a Deleuze (1975), una floresta enmarañada de símbolos, como representaba el pubis de mi estatuilla nasca, que en la maraña de su vello de tinta llevaba inscritos discursos, leyes, palabras, creencias, estereotipos que señalaban su cuerpo como cuerpo de mujer, es decir, no sólo en su dimensión de valor de uso, sino sobre todo como signo de relaciones sociales, como mensaje, lo que quiere decir al mismo tiempo cuerpo escrito y proscrito. Cuerpo que se ofrece y cuerpo que se niega, cuerpo que se exhibe y cuerpo que se oculta, cuerpo silenciado y cuerpo historiado, cuerpo dicho y contradicho, como dice Teresa de Lauretis del sujeto femenino (1999). Cuerpo-texto palimpsesto cuya carga semiótica van escribiendo, borrando y reescribiendo, desde las instituciones, las diferentes realidades histórico-sociales que se subsiguen.

Foucault señala que la historia de nuestra cultura se apoya en la valoración del cuerpo físico y simbólico, pero cuando luego estudia los saberes y los efectos de poder que actúan sobre él, lo hace tomando en consideración un cuerpo masculino, el único que cuenta en el pensamiento moral-ético-filosófico desde la Antigua Grecia al menos, y que Foucault denomina precisamente: "la historia del hombre de deseo" (2004: 12). Obviando los efectos especiales, por decirlo así, que el poder tiene reservados a los cuerpos de las mujeres. El confinamiento y la violación de las mujeres a través de los siglos, no sólo están relacionados con la historia de la locura y de los castigos (Foucault, 1979), sino también con la cancelación sistemática de la identidad personal, en el caso del confinamiento, como de la identidad personal-nacional, en el caso de la violación, cuando los cuerpos de las

mujeres se vuelven territorios que conquistar y en los que plantar la propia semilla eliminando otras etnias, como nos demostró muy bien la guerra en Yugoslavia.

He empezando hablando de cuerpos para hablar de la relación entre estudios de género y de la teoría de la comunicación que a mi me interesa especialmente, es decir, la semiótica, porque, como bien anunciaba Rossi-Landi (1994) la comunicación como producción-intercambio y consumo de mercancías, de mensajes que son signos, se ha ido sofisticando y se ha ido convirtiendo, en lo visual y virtual, en producción-intercambio y consumo de cuerpos. Y esos cuerpos de hombres, pero sobre todo de mujeres, no se presentan muchas veces como mensajes explícitos, sino que esconden hábilmente su carga de significado, valores, ideología. Cuerpos interrogantes que se acercan a nuestros ojos "porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie conoce", dice el famoso verso de Luis Cernuda, pero en este caso los constructores de imágenes del cuerpo conocen perfectamente la respuesta a nuestros deseos, es más, construyen nuestro deseo a partir de esos cuerpos, vagamente humanos, porque en la realidad son imposibles de alcanzar. Cuerpos que son metáforas donde el término real ha sido "exterminado por su doble clonado", como dice Ida Dominijanni (Muraro, 1998: 13), y a través de la asunción de dichos cuerpos, terminamos por vivir "por interpuesta persona". Nuestros cuerpos de carne y hueso, en el circuito de la comunicación-producción de nuestro moderno sistema mundializado, deben "adaptarse" a las exigencias de mercados nuevos (cirugía, productos estéticos, comidas dietéticas, actividades deportivas, moda, relaciones públicas, etc.), que proponen modelos idénticos entre si y reproponen los mismos estereotipos de siempre, aunque bajo un aspecto más atractivo. Los medios de comunicación no sólo transmiten la publicidad de ciertas mercancías-cuerpos, sino también la ideología que los sustenta, que no es otra que la que rige la implacable lógica del mercado de lo humano. La complicidad entre orden simbólico y el orden social queda al descubierto en esas imposiciones que se convierten en la "normalidad" de "nuestros" sueños inducidos. Y en ese proceso, tanto la semiótica como los estudios de género intentan desvelar los mecanismos de dominio, pero también los mecanismos de interiorización por parte de los individuos.

Los cuerpos de la publicidad son simulacros de cuerpos, son cárceles más que de carne, de huesos, que nos prometen la felicidad que antes corría a cargo de objetos, coches, electrodomésticos. Ahora que tenemos de casi todo, queremos un cuerpo, porque sin ese cuerpo ideal parece que todas las puertas se cierran: no vamos a ser aceptados, ni amados, ni admirados, vamos a ser invisibles, o lo que es peor aún, ridiculizados, caricaturizados. Los cuerpos mensajes llaman en causa no sólo la estética, sino la ética, la política e incluso la religión, haciendo desaparecer toda referencia a la interioridad, al contenido, al significado, es decir, al humano que vive dentro de una funda de carne.

Ahora que lo tenemos todo, consumir se ha convertido en consumirse, producir en producirse a través de la cirugía y otras técnicas, e intercambiar en intercambiarse, con las posibilidades que Internet nos ofrece de hacernos pasar por quien queramos, en una especie de antropofagia corporal en la que mensaje y mensajero coinciden, como bien ponen de manifiesto los trabajos de Norval Baitello Junior (2002).

Si como afirma Augusto Ponzio (1994) la comunicación social no es sólo el proceso que se realiza entre un emisor y un receptor, sino el proceso que está a priori y nos señala como emisor y receptor, es decir no sólo como actuantes de un intercambio de mensajes sino, sobre todo y, antes que nada, como sujetos, tenemos que concluir que a lo largo de los siglos el emisor, el autor de un texto, el director de una orquesta, el inventor o descubridor de algo, siempre se ha identificado con un sujeto masculino. Y que ahora con la comunicación audiovisual y virtual, a pesar de que en ella intervienen las mujeres como productoras de signos, aunque en una medida muy inferior a la de los hombres, las imágenes siguen siendo construidas desde una óptica terriblemente patriarcal y masculina. Teresa de Lauretis (1999) habla de la violencia implícita en las "prácticas de visualización" en nuestra cultura, que recae en gran parte sobre las mujeres, aunque también sobre los hombres. Y es que el sistema capitalista de consumo y comunicación no perdona a nadie, y persigue a los cuerpos que circulan como si fueran signos heréticos con consignas anatemas de forma que la "pobreza de las experiencias privadas se convierte en pobreza de las experiencias humanas", como decía Benjamin (1997). En el nuevo paisaje hedonístico de la sociedad postindustrial, el desarrollo de la personalidad, se ha convertido en el reino de la perpetuación de los estereotipos de género, de raza, de nacionalidad, de religión. Se ha convertido en un cúmulo de tópicos donde la persona no tiene cabida o viene estigmatizado con el hierro candente de lo incorrecto, insurrecto, indeseado, impertinente, excéntrico. Y me paro en esta palabra porque en ella vuelvo a reanudar las relaciones entre semiótica y estudios de género. Gian Paolo Caprettini (1998) una vez definió al semiótico como un excéntrico que se ocupa de todo y de nada, es curioso que el semiótico excéntrico coincida con el sujeto excéntrico feminista, que teorizan Teresa de Lauretis (1999) y Rosi Braidotti (1995).

Si tomamos en consideración los tres aspectos que Teresa de Lauretis señala para los estudios de género, es decir, dimensión de la identidad personal, principio de organización de la estructura social y base de los valores normativos, podemos concluir que el género es sobre todo una construcción cultural, que se alimenta en el catálogo de identidades-identificaciones del sistema de comunicación. Como señala Cristina Demaria "el género se perfila como un dispositivo semiótico que los sujetos asumen como componente de su identidad" (Demaria, 2003: 28)

El género es también un principio que organiza la comunicación social, tanto en su dimensión de lenguaje hablado como de lenguaje icónico y mediático, que está presente, además, en todos los procesos de significación y de simbolización. Algunas de las ideas fundamentales que la teoría de la comunicación postmoderna nos ha dejado en herencia son: primero, el conocimiento es siempre de alguien, que en él proyecta su propia visión del mundo, siempre hegemónica, segundo, la comunicación es un proceso que responde a los intereses de alguien sobre alguien, sobre todo en un mundo globalizado y teleidiotizado, tercero, la masa indiferenciada que construye el lenguaje no lo hace tanto para nombrar el mundo sino para construir y mantener su poder sobre él, para legitimarse y construir su mitografía, reduciendo a los Otros, al territorio, a veces simbólico, a veces real del insulto y del silencio, es decir, a los límites de lo comunicable e incomprensible. A estas ideas habría que añadir alguna otra que procede de los estudios de género y sirve para aclarar procesos culturales y comunicativos que, en principio, parecen

naturales y son aceptados como tales, pero en realidad son contruidos. Es Bourdieu (1999: 83 y ss) el que señalaba que la dominación masculina convierte a las mujeres en objetos simbólicos y por lo tanto en seres percibidos, seres contruidos por otros, lo que las coloca en un estado permanente de inseguridad o dependencia simbólica. La dependencia simbólica de las mujeres, no es otra cosa que la necesidad de verse constantemente a través de la mirada y los valores ajenos, y su gemela, la violencia simbólica que los sistemas de comunicación ejercen, figura en la base de la violencia física, de la violencia doméstica, de la violencia de género contra las mujeres. Ahora bien, esa violencia que es la piedra del escándalo, que vende en las televisiones y revistas, que hace ganar votos fáciles a la política, esa violencia que hace enfadar al sistema, porque visualiza algo que debiera permanecer oculto, porque en la sombra de lo obvio es donde se ejerce el poder de forma más insidiosa.

Faltan leyes contra la desigualdad simbólica porque aún no tenemos una cultura que nos la haga percibir y corregir. Y ni siquiera nombrar si me apuran mucho. No se si conocen una de las últimas noticias llegadas de la Real Academia Española, que se ha negado a incluir en la nueva edición de su diccionario, el término estudios de genero, por encontrarlo poco castellano, y que en la definición de violencia domestica reza la explicación “violencia que se ejerce en el hogar”, sin decir de quien para quien, aunque luego en muchas otras ocasiones no tiene dificultades para especificar el sujeto de otras acciones, como en la definición de trapo: “su mujer lo trato como un trapo”, o en la de furor que no deja de ejemplificar con “furor uterino”, explicado como “insaciable deseo de hacer el amor en las mujeres”. Ningún furor masculino viene ejemplificado, aunque estoy segura que es bastante frecuente y a la vista de todos. Amelia Valcárcel señalaba en una conferencia, a propósito de este argumento, que por el momento nos es imposible concebir y dar curso en nuestra comunicación al concepto de “genia”. Ida Magli (1995) en uno de sus libros sobre la espiritualidad femenina ejemplifica muy bien lo que significa la desigualdad simbólica y para ello cita la escena de la vida de San Francisco de Asís en la que él se desnuda en la iglesia para dar a entender a sus conciudadanos que se despoja de sus bienes terrenales. Si hubiera sido una mujer ese gesto nunca hubiera tenido ese significado, ni hubiera sido percibido por la comunidad de esa forma.

Los estudios de género no analizan la colocación diferente que hombres y mujeres tienen, y su repercusión en las conciencias personales, en los comportamientos, en lo cultural, lingüístico, ideológico. Pero ese análisis no sirve de nada sin un proyecto, por decirlo así, “humano” y, por lo tanto “político”, en el sentido más amplio de la palabra, que proponga nuevas relaciones sociales y nuevas distribuciones no sólo de las riquezas materiales, sino, y sobre todo, de los privilegios, o sea de la igualdad de oportunidades. Por lo tanto la base teórica y filosófica de los estudios de género es humanista pero con una añadidura de pensamiento feminista que corrige la gran laguna del humanismo, al centrarse en la construcción y definición del “hombre”, que no englobaba a la mujer. El pensamiento feminista del que hablo es el que se refiere a esa tradición filosófica que desde finales de la Edad Media denuncia precisamente la falacia de pensar a las mujeres como seres inferiores o copias imperfectas y, al mismo tiempo, lucha por ampliar el concepto de lo humano para que en él tengan cabida las

ideas, las creaciones, las imaginaciones, las obras de las mujeres, para que lo femenino no quede excluido ni de la civilización, ni de la cultura, ni de la libertad, igualdad y fraternidad.

Uno de los logros más importantes de los estudios de género en los últimos años es haber demostrado que la pretendida “igualdad” entre hombres y mujeres, que las leyes establecen en nuestros países, en las prácticas sociales no existe y que aún quedan muchas barreras invisibles en lo privado y en lo público que impiden a las mujeres ocupar los lugares que debieran, les impiden gozar de la misma consideración que los hombres. Y esas desigualdades están arraigadas en nuestro imaginario: en nuestro sentido de lo que valemos y de las potencialidades que podemos llegar a desarrollar como mujeres, y desde luego están arraigadas en lo que los hombres esperan, desean, pretenden de nosotras. En este sentido, los estudios de género dejan atrás la convicción de que transformar la sociedad en sentido igualitario sea un “asunto de mujeres”, para sustituirla por una crítica profunda de lo que hasta hace pocos años se consideraban las feminidades y las masculinidades, dos bloques que se daban la espalda, como un matrimonio bien avenido.

Paralelamente a la semiótica de cuño humanista, que buscan la dignidad de lo humano, advirtiendo del peligro de la alineación y de la cosificación de las personas del planeta, los estudios de género buscan la dignidad de lo femenino en un contexto cultural mundial donde las mujeres no tienen aun derechos de ciudadanía. Ambos, semiótica y estudios de género, más que definir escuelas o sistemas, construcciones, son herramientas críticas, lecturas del mundo, que parten del principio del análisis de los signos-cuerpos como plenamente objetivos, puesto que están insertados en una realidad histórico-social. Ambos parecen operar con las mismas categorías: la contradicción de Roland Barthes (1997), la retórica de la sospecha, la heterodoxia, la dialogía de Bajtín, lo sobredicho y los significados añadidos de Rossi Landi (1992). Ambos buscan el sentido obtuso de las cosas, como diría el gran maestro Barthes, y ese sentido se encuentra precisamente en la zona excéntrica que Teresa de Lauretis señala para la epistemología feminista. Ambos dan una importancia vital al proceso hermenéutico, a la visión interdisciplinaria, a una epistemología abierta y no cerrada.

Es decir ambas disciplinas trabajan contra lo obvio, detectan estructuras de poder e intereses donde solo parecía haber la naturalidad de las cosas que pasan, las cosas que son así como son y a las que hay que resignarse, o lo que es peor, adaptarse.

Los estudios de género utilizan el análisis semiótico como base operativa, para detectar como dice Umberto Eco (1990), las técnicas con las que se construye la ideología que es siempre, no lo olvidemos, ideología del patriarcado.

Los estudios de genero, como los estudios semióticos, son una frontera que avanzan sobre territorios no explorados aún, Elena Gajeri, sostiene que los estudios de las mujeres y los estudios de género representan la verdadera frontera del saber contemporáneo (Gajeri, 1999: 296). En este sentido son, como dice Lotman (1998), “un mecanismo que crea un nuevo pensamiento al traducir a la cultura lo que permanecía intraducible, indiferenciado, obvio, inasequible, invisible” y eso los convierte en un pensamiento utópico, en el que está implicado el Tercero ausente de Bajtín (1988) es decir, la verdad futura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAITELLO JUNIOR, Norval: "A iconofagia e a Antropofagia: As imagens que nos devoram", *Comuniquiatra* 5, Sevilla, <http://www.comuniquiatra.dk3.com>
- BAJTIN, M. (1988): *L'autore e l'eroe*, Einaudi, Turín.
- BARTHES, R. (1982): *Saggi critici. L'obvio e l'ottuso*, Einaudi, Turín.
- BENJAMIN, W. (1997): *Sul concetto di storia*, Einaudi Turín.
- BOURDIEU, P. (1999): *La dominación masculina*, Anagrama, Madrid.
- BRAIDOTTI, R. (1995): *Soggetto nomade. Feminismo e crisi della modernità*. Donzelli, Roma.
- CABANILLES, A. (1997): "Cultura y género", en *La conjura del olvido*, Icaria, Barcelona.
- CAPRETTINI, G. P. (1998): *Ordine e disordine*, Meltemi, Roma.
- CAVARERO, A. (1990): *Nonostante Platone. Figure femminili nella filosofia antica*, Roma, Editori Riuniti.
- DE LAURETIS, T. (1999): *Sogetti eccentrici*, Feltrinelli, Milán.
- DELEUZE, G. (1997): *Logica del senso*, Feltrinelli, Milán.
- DEMARIA, C. (2003): *Teorie di genere. Femminismo, critica, postcoloniale e semiotica*, Bompiani, Milán.
- ECO, U. (1990): *I limiti dell'interpretazione*, Bompiani, Milán.
- FOUCAULT, M. (1979): *Historia de la locura*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- FOUCAULT, M. (2004): *L'uso dei piaceri*, Feltrinelli, Milán.
- GAJERI, E. (1999): "Studi femminili e di genere", en *Introduzione alla letteratura comparata*, Mondadori, Milán. pp. 296-340.
- IRIGARAY, L. (1990): *Questo sesso che non è un sesso*, Feltrinelli, Milán.
- LOTMAN, J. (1998): *Il girotondo delle muse*, Moretti&Vitali, Bérgamo.
- MAGLI, I. (1995): *De la dignidad de la mujer*, Icaria, Barcelona.
- MURARO, L. (1994): *El orden simbólico de la madre*, Horas y horas, Madrid.
- MURARO, L. (1998): *Maglia o uncinetto*, Manifestolibri, Roma.
- PEIRCE, CH (1990): *Man is a sign*, Mouton-De Gruyter.
- PONZIO, A. (1996): "Comunicazione, migrazione, occupazione. Per una critica de la comunicazione mondializzata", en *Comunicazione, comunità informazione*, Manni, Lecce, pp.7-24.
- PONZIO, A., CALEFATO, P., PETRILLI, S. (1994): *Fondamenti di filosofia del linguaggio*, Latera, Bari-Roma.
- ROSSI-LANDI, F. (1992): *Il linguaggio come mercato e come lavoro*, Bompiani, Milano.
- ROSSI-LANDI, F. (1994): *Semiotica e ideologia*, Bompiani, Milano.
- SAUSSURE, F. (1998): *Curso de lingüística general*, Alianza, Madrid.

MUJER-RESISTENCIA COMO PROYECTO CONTRAIMPERIALPROPUESTA DESDE UNA SEMIÓTICA INTERCULTURAL

Rodrigo Browne Sartori
Universidad Austral de Chile

"Ningún poder falocrático resiste a Cicciolina.
Ningún poder político resiste al terrorismo.
Son cánceres, pues aplican el paso de la metáfora a la metástasis".
J. Ibáñez

I. Los discursos teóricos sobre la mujer se detienen, generalmente, en lecturas cerradas, homogéneas, donde, a pesar de las categóricas posturas feministas¹, la figura masculina es el punto de debate o el trámite en cuestión para romper los estereotipos en torno al mal llamado "sexo débil". La mujer, aunque motor de investigaciones, termina, como de costumbre, sumida en un discurso binario (macho-hembra) auspiciado por una sociedad como la nuestra que, desde la modernidad, estimula (y cuestiona) el crecimiento de las *ciencias humanas* (Foucault, 1986), "(...) prevé que los discursos de las mujeres 'se dicen' y pasan en el mismo acto en que han sido pronunciados mientras que los discursos de los hombres son discursos fundadores..." (Arriaga, 1998).

Así también lo entiende Jesús Ibáñez, al indicar que la razón masculina es una razón negativa que organiza prohibiendo. Prohibiendo la relación reflexiva (masturbación), la relación simétrica (amistad), las relaciones transitivas inmediatas, por una parte, de semejanza (homosexualidad) o, por otra, de contigüidad (incesto): "La dominación de las mujeres por los hombres es la matriz de todas las dominaciones: la primera y la más intensa. La mujer es el primer objeto producido. Y la producción es una actividad masculina" (Ibáñez, 1994: 64-65).

Al respecto, Rafael Vidal explica que los movimientos feministas se enmarcan en una permanente descomposición "(...) del orden simbólico ilustrado..." (Vidal, 2001: 1) de influencia occidental y, siguiendo las políticas que Vázquez Medel (1999) desarrolla en este ámbito, androcéntrico. Es necesario, en consecuencia, *des-emplazar (re-emplazar)* a la mujer, es decir, lo femenino debe renunciar a su alteridad masculina (Vidal, 2001).

Acorde con este proceso de *des-emplazamiento (re-emplazamiento)*, Hélène Cixous aboga, desde una mirada posmoderna, por una *escritura* que supere los agonizantes residuos falocéntricos y, producto de esta desarticulación, incite a participar de un proyecto que se manifieste "(...) entre-ella y yo y tú entre el yo donde uno es siempre infinitamente más de uno y más que yo..." (Cixous, 1995: 65). Mirada trasgresora que no teme alcanzar un límite, sino que goza de la carencia de *control*: "¡Nunca llegaremos al final! Ella pasa por los amores defensivos, las maternidades

¹ "La rebelión masculina es luciferina. Lucifer dijo: no serviré (a nadie, para nada). Es un desafío frontal al poder: le costó el infierno. Muchas feministas siguen la vía de Lucifer: arriesgan el mismo destino" (Ibáñez, 1994: 65).

y devoraciones" (*Ibidem*), luchando por un espacio hiperactivo, inestable, abierto, transicional que *desautorice* -quitar autoría, "(...) ¿qué importa quién está hablando?" (Foucault, 1969: 1)- las reglas que instalan a la mujer en las nocturnas coordenadas del "continente negro", siempre perfectamente bien ordenado por la pureza e incontaminación de lo "blanco" (Browne, 2002).

II. Pero la crítica no debe, necesariamente, cerrarse a las cuestiones y consecuencias de la modernidad, sino debe detenerse y analizar las acciones que en el campo de la posmodernidad han surgido en torno a estos temas. En este contexto, entendemos las propuestas de Cixous. El complejo debate modernidad-posmodernidad ha sido hábilmente analizado por muchos pensadores (Lyotard, Vattimo, Jameson, Hottos, Virilio, García Canclini, Lanceros, Vázquez Medel, Talens, Fernández Serrato, Subirats) que han propuesto diversas lecturas a favor y en contra de dichos conceptos. Para nosotros, uno de los textos claves en relación a esta disyuntiva teórica y sus consecuencias es *Imperio* (2002) de Michael Hardt y Antonio Negri. En relación a esta obra, Víctor Silva Echeto (2003a) señala que el estudio de Hardt y Negri ubica a la posmodernidad en tránsito hacia un nuevo modelo, "(...) una lógica y una estructura de dominio nuevas: en suma una nueva forma de soberanía" (Hardt y Negri, 2002: 11) que ellos mismos denominan *imperio*².

Para ambos teóricos las formas modernas de poder que los críticos posmodernos y poscoloniales se preocupan por describir y combatir no ejercen ya tanta influencia en nuestra sociedad, así, consideran que desconocen el actual poder del Imperio que ya no es colonial, ni se ampara en la Ilustración (Silva Echeto, 2003a: 6).

Podemos, en tanto, desprender de la interpretación que Silva Echeto hace sobre la propuesta de Hardt y Negri que éstos teóricos superan la noción de *imperialismo*, como paradigma de la modernidad, y dan paso a un periodo posmoderno imperial. En síntesis, pretenden estudiar el nuevo orden político-social-económico de nuestros tiempos globalizados o, considerando el neologismo que recupera desde la economía Paul Virilio (1995), *glocalizados* y su vinculación con el tránsito que anuncia Foucault (1975) y diagnóstica Deleuze (1993) entre *sociedades disciplinarias* y *sociedades de control*³.

Además, Hardt y Negri sostienen que la disciplina surge como una dominación patriarcal falocéntrica que se erige por medio de una trama de terminales que

crean e imponen las normas de una sociedad determinada. Las sociedades de control, en cambio, son resultado de las últimas maniobras de la modernidad y estimulan el nacimiento de la posmodernidad, quedando el poder en manos de nuevas máquinas que perturban derechamente a los cerebros por medio de sistemas de comunicación, redes informativas y a los cuerpos a través de las asistencias sociales y el control de sus actividades y procedimientos, "(...) la sociedad de control podría caracterizarse por una intensificación y una generalización de los aparatos normalizadores del poder disciplinario que animan internamente nuestras prácticas comunes y cotidianas..." (Hardt y Negri, 2002: 36).

Con esto, se derriba uno de los principales edificios de la modernidad como es el estado-nación, rompiéndose las estructuras binarias y creando un nuevo espacio de acción más libre, "democrático" y en el cual se escuchan las voces de la diferencia pero, a su vez, se abre un nuevo modelo de control que acepta la diferencia y se ubica en los deslindes de los discursos dicotómicos. A diferencia de la soberanía imperialista, la soberanía imperial se disemina por los márgenes, en la elasticidad de las fronteras y las identidades.

El tránsito al imperio se da a partir del ocaso de la soberanía moderna. En contraste con el imperialismo, el imperio no establece ningún centro de poder y no se sustenta en fronteras o barreras fijas. Es un aparato *descentrado* y *desterritorializador* de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión. El imperio maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales a través de redes adaptables de mando. Los colores nacionales distintivos del mapa imperialista del mundo se han fusionado y mezclado en el arco iris global imperial (Hardt y Negri, 2002: 12).

El peso del *imperio* se reparte rápidamente por todos los escondrijos del orden social y nunca se detiene en un lugar delimitado, logrando, a partir de tal virtud, concebir y delinear los espacios por los cuales circula y de los cuales se alimenta. El *imperio* logra administrar y controlar la vida social. La idea no consiste, como en épocas anteriores, en dejarse regir por un centro unitario de operaciones, cuya labor era abandonar en el afuera todo lo que se alejara de sus principios y planteamientos. El *imperio* busca intervenir los discursos binarios, asumiendo las alternativas *tercero-espaciales* (Bhabha, 2002) y abriendo el juego de la diferencia, de los antiesencialismos y de las proyecciones híbridas, mestizas y criollas. Es decir, incluyendo y dispersando al Otro eternamente excluido. Estas maniobras imperiales son las que hay que resistir. Resistencia que pretendemos estimular en el amplio ámbito de la misma posmodernidad para que, así, podamos, desde una postura mujer-resistente, releer los vicios que la nueva soberanía ha inculcado. Nuestro propósito es *deconstruir* las visiones tercero-espaciales culturales que fueron acomodadas en beneficio del *imperio* posmoderno.

² Hardt y Negri explican que los teóricos posmodernos se refieren al fin de la soberanía moderna y presentan soluciones frente a las divisiones binarias, con el propósito de proponer un pensamiento de pluralidad y multiplicidad. "Por más que lo hagan de manera confusa o inconsciente, éstos teóricos indican el tránsito hacia la constitución del imperio" (Hardt y Negri, 2002: 134).

³ Mayor información sobre este tema en particular se puede encontrar en BROWNE, Rodrigo (2002): "Panóptico", "espectáculo" y "control": observaciones para una propuesta iconofágica. Congreso "Comunicación y Desarrollo en la sociedad global de la información". III Encuentro Iberoamericano de Economía Política de la Comunicación, 17, 18 y 19 de julio, Facultad de Comunicación. Universidad de Sevilla. España.

III. Dicha estrategia de resistencia debe ser provocadora y transgresora. Debe romper con las figuras impuestas por los modelos imperantes desde el Renacimiento hasta nuestros días⁴. La resistencia para confrontar al imperio y su mercado globalizado debe plantearse igualmente desde un punto de vista mundializado, “no es posible oponer resistencia al imperio a través de un proyecto que apunte a lograr una autonomía limitada, local (...) debemos atravesar el imperio y salir del otro lado” (Hardt y Negri, 2002: 186). Es necesario proponer un ejercicio de contraglobalización o, más bien, *contraimperial*.

En este tránsito de la modernidad a la posmodernidad, ¿existe un lugar desde donde podamos lanzar nuestra crítica y construir una alternativa? O, si estamos confiados al no lugar del imperio, ¿podemos construir un potente no lugar y llegar a concretarlo como el terreno propicio para crear un republicanismo posmoderno? (Hardt y Negri, 2002: 187).

El proyecto *contraimperial*, si continuamos con la nomenclatura de Hardt y Negri, podemos asociarlo con la fuerza activa y rebelde que debe ejercer la mujer en este ejercicio de resistencia al nuevo orden. Dicha rebelión mujer-resistencia no debe caer en los juegos controladores que la misma posmodernidad pone sobre el tapete. Ibáñez precisa, al respecto, que entre estos modelos existen varios tipos de feminismos dignos de ser cuestionados. En principio, un *feminismo converso*: “(...) el de las mujeres que quieren ser iguales a los hombres -como las del PSOE- (acceder al numerador de la razón)” (Ibáñez, 1994: 66). También, argumenta este investigador, hay un *feminismo perverso*: “(...) el de las mujeres que quieren dar la vuelta a la tortilla -como las reivindicativas del MC- (invertir el numerador y el denominador)” (*Ibidem*). En tercer lugar, continúa Ibáñez, se presenta un *feminismo subversivo*: “(...) el de las mujeres que quieren abolir la dominación -como las anarquistas- (borrar la barra que separa el numerador del denominador)” (*Ibidem*). Pero, además y este es el punto que nos interesa para la resistencia *contraimperial*, existe un *feminismo reversivo*: “(...) el de las mujeres que hacen girar esa barra hasta hacerla estallar” (*Ibidem*).

Para Ibáñez, el último de estos feminismos es el único que tiene la capacidad de

⁴ No hay que olvidar, frente al combate para con la Ilustración, que los esfuerzos de la posmodernidad se centran en lo que Hardt y Negri llamaron la segunda modernidad. Estos teóricos anunciaron que la modernidad no es un fenómeno único y homogéneo, sino un proceso pleno de contradicciones y conflictos, detectando la existencia de, por lo menos, dos modernidades. “La primera es la iniciada por la revolución del humanismo del Renacimiento (...) con el descubrimiento del lugar de inmanencia y el elogio de la singularidad y la diferencia” (Hardt y Negri, 2002: 131) y la segunda tiene la intención de instalar la fórmula precisa para contener las fuerzas utópicas de la primera modernidad a través de la construcción de dualismos y, para culminar sus propósitos, dar vida a la noción de soberanía moderna. La posmodernidad “(...) debería aclararse que en realidad están atacando a la segunda tradición de nuestro esquema (y, desafortunadamente, ignorando o eclipsando la primera)” (*Ibidem*), es decir, las teorías posmodernas no se enfrentan estrictamente a los modelos de la Ilustración, sino que a la conformación del Estado-nación soberano como segunda etapa de la modernidad.

seducir y explica que los otros son sólo productivos, ya que intentan revalorizar a la mujer. La idea, sostiene el teórico, es “(...) desafiar a los machos a ser más machos” (*Ibidem*) porque la estrategia de la producción es el *deseo*⁵, en cambio el de la seducción es el desafío.

La rebelión seductora es un sobreesfuerzo a ese poder. Las rebeliones frontales refuerzan el poder: la conversa (que suplica al poder que sea menos poder) lo reforma, la perversa (que intenta que el poder sea otro poder) lo invierte, la subversiva (que exige al poder que no sea poder) lo revoluciona. La reversiva (que desafía al poder a que sea más poder) pone al poder en una tesitura imposible: pues obliga a exacerbarse hasta extinguir la relación por exterminio de los términos (Ibáñez, 1994: 66).

La radicalización de la alternativa propuesta por Ibáñez podemos llegar a observarla en los estudios que Gilles Deleuze y Félix Guattari realizan en torno al mito de Edipo (*El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia*, 1998). Desde este punto de vista y, para nosotros, desde los postulados recientemente desarrollados, es loable que la mujer contenga tanto hombres como el mismo hombre y el hombre, por su parte, mujeres capaces de entrar unos en otros, unos con otros, interviniendo el orden normativo de los sexos. “Hacer el amor no se reduce a hacer uno, ni siquiera dos, sino hacer cien mil (...) no uno ni siquiera dos sexos, sino n... sexos” (Deleuze y Guattari, 1998: 305).

IV. Acto seguido, consideramos pertinente estimular un giro trans e interdisciplinario que nos permitirá continuar fundamentando la propuesta *contraimperial* que tratamos de elucidar. Esta postura desde lo político-social que manejamos con, por ejemplo, Hardt y Negri e Ibáñez la conjugamos con algunas proyecciones interculturales que, basada en una semiótica plural y heterogénea, nos incita a habilitar un activo juego *semiótico-intercultural*. Para Miquel Rodrigo Alsina (2000) existe un clima intelectual, un cambio epistemológico, favorable para desarrollar posturas que se aproximen a una *semiótica intercultural*. Iniciativa que, siguiendo a Silva Echeto, entiende el fenómeno intercultural como una cuestión cercana a las estrategias *entre* que derivan, en diferentes momentos, de Jacques Derrida y Gilles Deleuze: “El *entre* conjura toda propuesta de la identidad como unidad, cualquier posibilidad de transformar esenciales a identidades movibles, que son modulables como masas plásticas que cambian permanentemente” (Silva Echeto, 2003b: 148). Por eso es necesario activar una semiótica que se deslice *entre* los factores que

⁵ En torno al deseo y a la disposición del mismo, consideramos pertinente recalcar la presente aclaración que hace Gilles Deleuze. Dicho pensador francés explica que el poder no es quien dispone, sino los agenciamientos de deseo quienes habilitarían, siguiendo una de sus dimensiones, los adiestramientos de poder. El poder puede ser deseado porque el primero de éstos es un apéndice del segundo y este último es, por ende, el componente de un micro-análisis. Existe una superioridad del deseo sobre el poder y el perfil secundario que éste posee, “(...) sus operaciones siguen teniendo un efecto represivo, ya que no aplastan el deseo como dato natural, sino los puntos de disposición del deseo” (Deleuze, 1977, 1995: 15).

tratan de imponer un *orden del discurso*: posición que se aproxima a definiciones o identidades cerradas que pretenden explicarlo todo, sin escuchar otras voces. En consecuencia, nuestra intención no es detenernos en las puntualidades clásicas de la semiología positivista -“Pero el par saussuriano lengua/habla -como todas las oposiciones que construyen los estructuralistas- es (...) estático” (Ibáñez, 1994: 39)-, sino recuperar las nociones más transgresoras que en este sentido encontramos en una semiótica que tiende a cuestionar la soberanía, no sólo del imperialismo de antaño, sino también del *imperio* posmoderno. En este sentido, Rodrigo Alsina ofrece algunos pasos cruciales para, desde nuestro punto de vista, *(des)semiotizar* la ortodoxa semiótica y abrir interesantes y renovadas opciones a la hora de traducir y/o interpretar un *texto* específico.

En la actualidad se empiezan a transgredir los límites, las disciplinas descubren que sus fronteras son blandas y que sus objetos de estudio no son de su exclusiva propiedad. En este contexto la semiótica puede sentirse muy a su aire porque, como apunta Urrutia (2000: 82), “La semiótica no corresponde (...) a lo que suele considerarse una disciplina escolar (...) Por su propia naturaleza es interdisciplinar, extradisciplinar o, me gusta más, indisciplinada...” (Rodrigo Alsina, 2000: 1).

Indisciplinamiento o, en este caso particular, *(des)semiotización* que puede llegar, no sólo a la anulación del significado dentro del ejercicio semiótico-deconstructivo que entendemos de Derrida, sino también a una puesta en duda, en ocasiones, del propio significante que, desde los estudios deleuzianos, nos hace reflexionar sobre un *asignificante*. Al respecto, en una primera etapa, Deleuze revela una paradoja en forma de antinomia: “(...) dadas dos series, una significante y otra significada, una presenta un exceso y otra un defecto, por los cuales se remite una a otra en eterno desequilibrio” (Deleuze, 1989: 69) e indica que ambas series heterogéneas (una significante y otra significada) se inclinan hacia un *diferenciante*. Dicho *diferenciante* figura como un estimulador de singularidades que circula *entre* las dos series: “Además tiene la propiedad de estar desplazado siempre respecto de sí mismo, de ‘faltar a su propio lugar’, a su propia identidad, a su propia semejanza, a su propio equilibrio” (*Ibidem*, 70).

Aunque los últimos argumentos deleuzianos nos permiten poner en jaque la posición semiótica tradicional, este intelectual, tiempo después, transgrede un tanto más su postura. En conjunto con Félix Guattari y, probablemente, influenciado por los análisis de este último pensador francés, Deleuze supera la misma figura significado-significante que estimula al *diferenciante* como tercero y desautoriza al mismo significante. Es aquí donde brota -proveniente, sin duda, de la no-arborescencia *rizomática*- el no *significante* o *asignificante* que se escapa del carácter lingüístico al que remite el propio significante, dentro de la semiótica estructuralista. En palabras de Guattari:

No tenemos nada que ver con el significante (...) La oscuridad de nuestra crítica del significante se debe a que se trata de una entidad difusa que todo lo reduce a una máquina obsoleta de escritura. La

oposición exclusiva y coercitiva entre significante y significado está obsesionada por el imperialismo del Significante, tal y como emerge con las máquinas de escritura (...) Nuestra hipótesis es ésta: el Significante es el signo del gran Déspota que, al retirarse, libera una región que puede descomponerse en elementos mínimos entre los que existen relaciones regladas. Esta hipótesis tiene la ventaja de explicar el carácter tiránico, terrorista y castrador del significante. Se trata de un enorme arcaísmo que remite a los grandes imperios (Guattari, 1992, 1996: 39).

V. Por lo mismo, este ejercicio *contraimperial* -que planteamos desde una tendencia *(des)semiótica* intercultural- nos invita a reflexionar sobre el empírico proyecto mujer-resistencia que se activa como una trasgresión *contraimperial*, como una vía de escape que, según el propio Deleuze, puede: “(...) llegar a tartamudear en su propia lengua (...) Ser como un extranjero en su propia lengua. Trazar una línea de fuga” (Deleuze, 1997: 8) o, en palabras de Cixous, “(...) escribía a nadie, a todas, a la escritura, en una lengua extranjera, no la hablo, pero mi corazón la comprende, y sus palabras silenciosas en todas las venas de mi vida se han traducido en sangre demente, en sangre-alegría” (Cixous, 1995: 110).

Líneas de fuga que consientan sumergirse en las rendijas, escaparse de la dicotomía identidad-alteridad (hombre-mujer) y sus consecuencias posmodernas para, así, profundizar en *nuevos y terceros espacios*, plenos de opciones que nos lleven a facultar intersticios, tendencias liminares donde prevalezca lo inter(entre)cultural. Habilitando, con esto, espacios intermedios, pensamientos del ENTRE (Derrida, 1967) que ayuden a estimular relaciones de tolerancia, con el fin de perfilar un nuevo emplazamiento -“(...) algo nuevo...”-, nos sugiere Deleuze (1996: 240)- en el que exista una alianza en colaboración entre las diversas alternativas socio-culturales que circulan por nuestras sociedades (Cixous, 1995).

- ARRIAGA, Mercedes (2001): *Mi amor, mi juez. Alteridad autobiográfica femenina*. Barcelona, Anthropos.
- BHABHA, Homi K. (1994): *The location of culture*. London and New York, Routledge.
- BROWNE, Rodrigo (2002): "Falocentrismo: 'ella, es decir, lo otro'. Apuntes para una escritura matrística", Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudio de Mujeres (AUDEM) "Entretejiendo saberes". Sevilla, Universidad de Sevilla.
- CIXOUS, Hélène (1995): "La joven nacida. II Salidas", *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona, Anthropos.
- (1995): *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona, Anthropos.
- DELEUZE, Gilles (1989): *Lógica del sentido*. Barcelona, Paidós.
- (1995): "Deseo y Placer", *Archipiélago*, 23, Barcelona.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1995): *El AntiEdipo Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.
- DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire (1997): *Diálogos*. Valencia, Pre-textos.
- DERRIDA, Jacques (1971): *De la Gramatología*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (1986): *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- (1969): "¿Qué es un autor?", *Henciclopedia*, Montevideo <http://www.henciclopedia.org.uy>
- GUATTARI, Félix (1996): *Caosmosis*. Buenos Aires, Manantial.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2002): *Imperio*. Buenos Aires, Paidós.
- IBÁÑEZ, Jesús (1994): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid, Siglo XXI.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (2000): "Apuntes sobre una semiótica intercultural", Actas del IX Congreso de la Asociación Española de Semiótica: "Humanidades, ciencia y tecnologías". Valencia. En prensa.
- SILVA ECHETO, Víctor (2003a): "Nuevas perspectivas teóricas de la comunicación. La dominación del Imperio", *Paideia. Divulgación del pensamiento crítico*. México, UAM.
- (2003b): *Comunicación e Información (inter)cultural*. Sevilla, Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo.
- VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1999): *Mujer, ecología y comunicación en el nuevo horizonte planetario*. Sevilla, Mergablum.
- VIDAL, Rafael (2001): "Discurso feminista y temporalidad: la descomposición postmoderna de las identidades de género", Actas del IX Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica "Mujer, Cultura y Comunicación: realidades e imaginarios". Sevilla, Alfar y Universidad de Sevilla.

Ángeles Cruzado Rodríguez
Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras
Universidad de Sevilla- Junta de Andalucía

A lo largo de la Historia del Cine son muy pocas las mujeres que han podido acceder a puestos de gran responsabilidad en la realización de películas. Han sido relegadas, tradicionalmente, a tareas de menor relevancia, y a convertirse en meros objetos construidos desde la óptica patriarcal del cine dominante. Así, en la industria cinematográfica, a las mujeres se les solían reservar los puestos de actrices y, como mucho, montadoras, por considerarse que otros roles, como el de director, venían grandes a sus capacidades intelectuales y físicas, además de resultar incompatibles con el cuidado de la familia y el hogar.

A pesar de estas limitaciones, en los primeros años de vida del cine se destacaron importantes figuras femeninas que lograron - normalmente a la sombra de sus maridos o jefes - crear y dar impulso al incipiente medio cinematográfico. Estas directoras han permanecido durante largo tiempo olvidadas, hasta que la crítica feminista ha empezado a reescribir la historia del cine incluyendo las aportaciones femeninas. Se trata de mujeres que, además de luchar contra la mentalidad y la fuerte división de roles establecida por sociedad, tuvieron que pelear por el reconocimiento de sus obras, muchas de las cuales no se han conservado. Entre esas precursoras, que pudieron desarrollar su actividad antes que los grandes estudios monopolizaran la producción hollywoodiense, destacan especialmente figuras como la de Alice Guy,

la primera directora absoluta de la historia del cine (...) y, con toda probabilidad, primera en dirigir un filme de ficción. (Trivelli, 1998)

La cineasta francesa empezó trabajando como secretaria de Gaumont a finales del siglo XIX; su tesón y su interés por las técnicas cinematográficas la llevaron a dirigir la Cronophone, una de las filiales de la compañía. Tras la realización de fastuosos largometrajes en su Francia natal, así como de la primera película en color, marchó a los Estados Unidos, donde tras un periodo apartada del trabajo para dedicarse al cuidado de su familia, fundó la Solax Film Corporation junto a su marido. En total fueron unos 600 filmes los que realizó durante su prolífica carrera, la mayoría de ellos con gran éxito. Con la implantación de los grandes estudios, la carrera de Alice Guy se vio frenada, y la directora se concentró sobre todo en su labor como escritora, y en la búsqueda del reconocimiento que se le negaba a sus obras.

Como directora se caracterizó por su sensibilidad y su interés hacia los temas femeninos.

Creía en la estructura de la familia. Y además, tenía ideas decididamente feministas. Le entusiasmaba todo cuanto veía y oía en ese sentido. (Acker, 1991)

Una estadounidense, Lois Weber, era "considerada en 1916 la cineasta mejor pagada del mundo." (Trivelli, 1998) Fue directora, actriz, productora y guionista,